

**Kathryn Smith**

Pasión eterna

*Hermanidad de la sangre III*

Traducción de Anna Turró

Esencia / Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Taken by the night*

© Kathryn Smith, 2007

Publicado de acuerdo con Avon, un sello de HarperCollins Publishers

© por la traducción, Anna Turró, 2009

© Editorial Planeta, S. A., 2010

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,

División Editorial del Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Jonathan Barkat y Shutterstock

Fotografía de la autora: © Brenda Ladd

Primera edición en Colección Booket: junio de 2010

Depósito legal: B. 19.092-2010

ISBN: 978-84-08-09395-4

Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

## Biografía

Kathryn Smith decidió ser escritora de novelas románticas a los diez años. Su primera novela, *Pasión esquiva*, fue publicada por Avon Romance en 2001. Desde entonces ha escrito más de una docena de libros, y ha combinado estilos en obras románticas con un toque paranormal. Se ha convertido en una habitual de las listas de libros más vendidos del periódico *USA Today*. Además de la citada *Pasión esquiva*, Booket también ha publicado *Por primera vez*, *Una proposición seductora*, *Un juego escandaloso*, *Caer en la tentación*, *De nuevo en tus brazos*, *En la oscuridad* y *Aún te llevo en el corazón*, y durante 2010 va a publicar los siguientes títulos de la saga *Hermanidad de la sangre*: *Mía para siempre*, *Amor inmortal*, *Pasión eterna* y *De aquí a la eternidad*.

Más información en: [www.kathryn-smith.com](http://www.kathryn-smith.com)



*Dedico este libro a Nicola Simpson, que empezó siendo mi crítico y se ha convertido en una de mis personas favoritas de todo el mundo.*

*A Erika por su confianza, fe y esperanza. Muchas gracias. A Nancy por ser tal como es y por avisarme cuando llevo camino de volverme loca. Y a Tom y a todo el departamento de arte de Avon, ¡gracias por unas portadas tan preciosas!*

*Y a Steve, porque si no sale en la dedicatoria hará puchereros.*





Era la casa menos parecida a un burdel que hubiese visto nunca.

Saint se detuvo en la puerta y levantó la vista para observar la bonita pared de ladrillo rojizo típica del barrio de Chelsea. No había ningún letrero con intrincados dibujos en la puerta, ni cortinas de damasco escarlata en las ventanas, y tampoco se veía a ninguna cortesana lanzando miradas furtivas desde el balcón. En vez de eso, el lugar tenía pequeñas flores de diversos colores plantadas en el parterre que había junto a los escalones de la entrada, y una delicada verja de acero para protegerlas de los viandantes. Las cortinas eran de una especie de chinta, con unas puntillas que, en aquella era decadente, sólo podría permitirse una mujer con mucho dinero y mucho tiempo libre.

En resumen, lo que debería alzarse al cielo como lugar de perdición, parecía una respetable mansión de clase alta en un barrio decente, a pesar de que ahora estuviese de moda entre artistas e intelectuales.

Y durante las próximas trece horas aquella casa sería también su hogar. El alba empezaba a asomar por el horizonte, anunciando calor y extendiendo sus letales dedos hacia él. Necesitaba protegerse antes de que el sol saliera por completo convirtiéndolo en un montón de cenizas en mitad de la acera. Y dado que todavía no tenía ganas de morir, la casa de madame Madeline, la Maison Rouge, era su única alternativa.

Golpeó la puerta con los nudillos, y pocos segundos más tarde le abrió una mujer menuda que parecía haber estado llorando. Iba vestida de negro de arriba abajo, un color que no la favorecía nada, dada su palidez y sus ojos enrojecidos, como de conejo asustado.

Durante un instante, temió haberse equivocado de casa.

—¿Señor Saint?

Le conocía, lo que implicaba que él la conocía a ella. Escrutó su rostro, los agradables rasgos de su cara envejecida y su cabello gris. Tenía los ojos azules más grandes que había visto nunca, y de repente se acordó del aspecto que tenían años atrás.

—¿Emily?

Una tenue sonrisa se dibujó en los labios de la mujer, que se apartó para dejarlo entrar.

—Se acuerda de mí.

En efecto. Recordaba a una chica voluptuosa, cuyas inocentes facciones ocultaban una naturaleza aventurera. Treinta años atrás, había compartido su lecho y había saciado con ella tanto su sed de sangre como su lujuria. Y ahora, allí estaba él, de nuevo en la Maison Rouge, y ella parecía más su madre que su amante.

Darse cuenta de ello lo apenó, y quiso disculparse por no envejecer, por pasarle por la cara su eterna juventud.

—Pues claro que me acuerdo, cariño. —Entró en el recibidor que estaba aún a media luz, e inhaló el aroma a incienso, limón y sexo, aunque este último era, para su sorpresa, casi imperceptible. No había ningún cliente, y la casa estaba en silencio, excepto por las suaves voces... y lamentos que se oían detrás de las puertas—. ¿Qué ha pasado? —preguntó.

La mujer cerró la puerta y lo protegió del peligroso amanecer.

—¡Oh, señor Saint! Es una tragedia. No debería decirle nada, seguro que Madeline querrá contárselo en persona.

Saint siguió a Emily por el estrecho pasillo. Las paredes, recubiertas de lujosos paneles de madera y un elegante papel color crema, estaban iluminadas con esas nuevas lámparas eléctricas. Para él, cualquier cosa que tuviera menos de cincuenta años era una novedad. Se acordó del avance que supusieron las lámparas de gas, y ahora lo único que hacía falta para tener luz era darle a un interruptor.

—¿Ha muerto alguien, Emily? —Odiaba preguntarlo, pero tenía que hacerlo. Podía notar el dolor que impregnaba toda la casa. Los lamentos resonaban en su mente, procedentes de distintas personas que ocupaban habitaciones diferentes.

Al llegar a la cocina, su guía se detuvo un instante para abrir la puerta secreta que había detrás de la escalera de servicio.

—Venga, será mejor que se ponga cómodo antes de que lo importune con mis cosas.

Que ella se preocupara por su bienestar y sus necesidades era enternecedor, aunque también un poco embarazoso. Él no era ningún joven impaciente, loco por pasar un buen rato. Sin embargo, había algo conmovedor en que ella antepusiera su comodidad a sus propios problemas.

La mujer encendió una lámpara —para ella, porque él no necesitaba luz— y Saint la siguió escaleras abajo hasta llegar al sótano de la casa. Allí el aire era más frío, y el olor a humedad ocultaba el cálido aroma de las flores que impregnaba los pisos superiores.

No era necesario que Emily lo acompañase, se acordaba perfectamente del camino, pero Saint quería saber qué había pasado para llenar aquel lugar de tanto dolor. Así que la siguió en silencio hasta lo que parecía un ropero abandonado.

La mujer abrió la puerta, apartó las ropas que, ante la sorpresa de Saint, olían a recién lavadas y entró. Esperó hasta oír un leve clic del otro lado, y entonces la siguió. Cerró la falsa puerta tras él y entró en un apartamento digno de un rey.

Y perfectamente equipado para un vampiro.

Ocupaba toda la extensión de la casa y llegaba hasta la calle. Nadie se daría cuenta, a no ser que bajara al sótano y se fijara en que éste no era tan largo como los pisos superiores; y aun en el caso de que eso sucediera, seguro que no se les ocurriría pensar que había una habitación secreta.

No olía ni a polvo ni a moho. La estancia había sido diseñada pensando en la máxima comodidad de su ocupante. Reign se había asegurado de que así fuera. Las paredes estaban recubiertas por una oscura madera que contrastaba con el blanco techo, y a la suave luz de la lámpara, el papel color borgoña, con aves chinas pintadas a mano, resplandecía. El suelo estaba cubierto por una alfombra, que también tenía un dibujo de inspiración china: un enorme dragón rojo y dorado en el centro.

¿Excesivo? Sin duda. ¿De mal gusto? En absoluto.

No tenía ventanas y contenía una cama con dosel lo suficientemente grande para cuatro personas. Saint lo había comprobado él mismo, pues muchísimos años atrás, cuando ese tipo de cosas aún le hacían gracia, había escogido a tres de las mejores pupilas de la Maison Rouge para demostrarlo.

También había un armario, un tocadiscos encima de la mesa de caoba, y un tocador con todo lo necesario para el aseo masculino. En un extremo de la estancia, se veía un pequeño comedor, y en el otro estaban el baño y el vestidor.

Saint cruzó la alfombra y dejó la maleta encima de la cama. No llevaba mucha ropa —tampoco tenía demasiada—, pero sabía que si la Maison Rouge había seguido con

la tradición, en el armario encontraría un montón de trajes a su medida.

Aquel apartamento, con todo lo que conllevaba, era la razón por la que la Maison Rouge era un refugio para Saint y sus cuatro viejos amigos. Se habían convertido juntos en vampiros, y Reign se había asegurado de que aquella casa fuera un lugar seguro para ellos; un lugar donde poder ocultarse y alimentarse. A cambio, ellos ofrecían su protección a las mujeres que vivían y trabajaban allí.

Mujeres como Emily, de las que cuidarían hasta el día que murieran.

Saint se dio media vuelta. La delicada mujer seguía de pie bajo el marco de la puerta, engullida por aquel feo vestido negro. Iba de luto.

—Madeline se alegrará mucho de verlo, señor Saint.

¿Fue su imaginación o es que se le había quebrado un poco la voz?

—Mi querida Emily, cuéntame lo que ha pasado.

—Muerte. —Sacudió la cabeza, y fue obvio que hacía un esfuerzo por contener sus lágrimas.

—¿Un cliente? —No era inusual que en establecimientos como aquél se llorara la pérdida de un cliente, en especial si éste era rico y moría estando allí.

Volvió a negar con la cabeza, pero esta vez una única y silenciosa lágrima le resbaló por el rostro.

—¿Una de las chicas?

—Dos.

Saint la miró, y vio su dolor. Se la veía tan frágil, tan... destrozada. Como si su visión del mundo hubiera sido irrevocablemente alterada.

—¿Cómo?

—Asesinadas —contestó una voz justo detrás de Emily.

Saint estaba tan concentrado en esta última, que no había tratado de escuchar lo que pasaba en el resto de la casa, por lo que no había oído llegar a su visitante. Una cosa era que se sintiera cómodo y seguro allí, y otra que fuera tan estúpido como para bajar la guardia enteramente. Se dio media vuelta hacia la voz, y el hielo con que protegía su corazón se resquebrajó, como si ese olvidado órgano hubiese dado un inesperado salto.

En el umbral había una mujer de unos veintipocos años. Se la veía demasiado segura para ser más joven, y demasiado natural para ser más mayor. Era alta y voluptuosa e iba vestida de riguroso luto, al igual que la otra mujer. Llevaba la melena color miel recogida en un moño alto que dejaba al descubierto su rostro ovalado.

Tenía la tez pálida y las mejillas sonrosadas. Los labios carnosos y sensuales, y la nariz larga y ligeramente torcida, y había algo familiar en el interior de sus ojos jade de espesas pestañas.

—Señor Saint, le presento a la hija de Madeline, Ivy.

Él miró durante un segundo a Emily, que acababa de hablar, y luego concentró toda su atención en la espectacular joven que lo miraba con poco o ningún interés.

—Ivy —repitió como un tonto, recordando al bebé que le había robado el corazón, y a la joven adolescente que vio la última vez que estuvo allí—. Dios santo, cómo ha crecido.

Ella enarcó una de sus cejas castañas.

—Han pasado más de diez años. El único de esta habitación que no ha cambiado es usted.

Ella sabía lo que era, y así lo decía el timbre de su voz y la burlona mirada que le dirigió. Pero aun así, era un poco desconcertante darse cuenta de que, mientras el tiempo transcurría a su alrededor, Saint permanecía ajeno a él, al menos en

las cosas importantes. Podía cambiar su aspecto y alterar su apariencia, pero en su interior había algo inalterable. Algo que siempre estaría allí: la soledad.

—¿Dices que sospecháis que han sido asesinadas? —No iba a permitir que aquella chica lo obsesionase segundos después de haberla visto.

—Ambas chicas fueron asesinadas, señor Saint —le informó Ivy con una voz que traicionaba su compostura—. Brutalmente.

Asesinadas. Las prostitutas sabían que cada noche corrían el riesgo de ser maltratadas, pero en un lugar como la Maison Rouge eso era impensable, y mucho menos asesinadas.

—Lo siento mucho. —Fueron unas palabras insípidas, pero no pudo reprimirlas—. Si hay algo que yo pueda hacer...

—De hecho —lo interrumpió Ivy sin dudar—, sí lo hay. Lo sospechaba.

—Claro. ¿Qué necesita? ¿Dinero para el funeral? ¿Una ayuda económica para las familias?

—Nada tan oneroso. —La sombra de una sonrisa se dibujó en los suculentos labios de la chica.

Y por muy tentadora que fuera a la vista, a Saint no se le escapó que Emily fruncía el cejo, ni la mirada de preocupación que le lanzaba a la joven.

Ivy dio un paso hacia adelante, y Saint, un tonto en lo que se refería al sexo débil, no pudo evitar acercarse a ella. La sonrisa de la chica se ensanchó, pero en ella no había ni un ápice de humor.

—Lo que necesito, señor Saint, es que me ayude a atrapar al asesino.

—¿Que la ayude? —No pudo ocultar la incredulidad que tiñó su voz—. ¿Quiere decir que el asesino sigue libre?

—Me temo que sí. —Lo miró a los ojos y levantó la barbilla—. Tiene que ayudarnos.

Saint frunció el cejo al oír su tono. Él no *tenía* que hacer nada.

—Ya hablaremos más tarde. Lo que necesito ahora mismo, señorita Dearing, es descansar un poco. Supongo que me permitirá dormir un rato antes de mandarme a cazar a un asesino.

Ella se quedó mirándolo durante unos larguísima segundos, con sus labios carnosos apretados en una fina línea. Luego, sin decir una sola palabra, giró sobre sus talones y salió de la habitación, furiosa como sólo una mujer es capaz de estarlo. Emily la siguió en seguida.

—Tiene que disculparla, señor Saint. La señorita Ivy y Madeline han sufrido una gran pérdida.

Él sonrió sin ganas. Saint lo sabía todo sobre lo terrible que podía ser perder a un ser querido.

—Me ha tratado como si fuera una niña pequeña.

Pasaba un cuarto de hora de las siete de la mañana, e Ivy estaba en la habitación de su madre, paseando de un lado a otro de la alfombra, azul y borgoña. Debería haberla dejado dormir más, parecía haberse pasado toda la noche llorando, pero tenían que hablar de la llegada de Saint.

Su madre sonrió, recostada en una montaña de mullidos almohadones. Allí entre las sábanas blancas y la colcha de terciopelo rojo parecía una muñeca. Su rubia melena era como un halo de luz alrededor de su cabeza, y, a pesar de la cantidad de lágrimas que había derramado, sus ojos verdes seguían siendo brillantes y vivaces. A esa luz, cuando aún faltaban horas para que el sol los castigara con su calor, Ma-

deline Dearing no parecía mucho mayor que Ivy, por mucho que le pesara a la joven.

—Es que eras una niña la última vez que Saint te vio —dijo Madeline, enrollándose en el dedo un mechón de pelo.

Ivy apretó los labios al recordar la conversación.

—Eso no es excusa. Y tenía diecisiete años, ya no era ninguna niña. —Saint la había mirado con altivez y se había limitado a decirle que ya hablarían más tarde.

Su madre bostezó.

—Estaba a punto de amanecer. Seguro que se sentía cansado y necesitaba dormir.

La joven dejó de pasear y fulminó a su madre con la mirada.

—Todos estamos cansados. Pero encontrar al asesino de Goldie y Clementine es más importante que dormir. Después de todo lo que la Maison Rouge ha hecho por ellos, creía que los vampiros iban a ayudarnos, pero Reign se ha ido y Saint necesita dormir para mantener su belleza. —Escupió las palabras con amargura.

Apenas dos semanas atrás, Ivy había fotografiado a Goldie y a Clementine. Disfrazadas con los vestidos que ella había escogido, las chicas habían jugado entre risas, como si fueran dos niñas en vez de dos experimentadas prostitutas. Tenían diecinueve y veinte años respectivamente, y ahora estaban muertas. Asesinadas a manos de un sádico bastardo.

Su madre la miró comprensiva, y también con un poco de pena.

—Reign se fue antes de que los ataques tuvieran lugar, si no, ya estaría buscando al asesino.

Sí, pensó Ivy, Reign estaba convenientemente lejos.

—Y qué mala suerte que no te dejara ninguna dirección donde poder localizarle si pasaba algo. Ni siquiera sus empleados saben dónde está.

—Te saldrán arrugas si no dejas de torcer la nariz y fruncir tanto el cejo.

A Ivy la enfureció que su madre le hablara como si fuese una niña. ¿O es que no había oído lo que le había dicho de Saint? Suspiró.

—Es hora de enfrentarnos a la verdad, mamá. Estamos solas. Las autoridades son impotentes, y los vampiros nos han dado la espalda. Está en nuestras manos encontrar al asesino y entregarlo a la justicia. —Goldie y Clementine eran sus amigas. Y no permitiría que su asesino siguiera libre.

—Estoy convencida de que Saint sólo quería tener un poco de tiempo para analizar la situación, y que hablará con nosotras cuando lo tenga todo más claro.

¿Analizar la situación? ¿Qué tenía que analizar? Estaban muertas.

—Tienes mejor opinión de él que yo.

—Le conozco mejor.

Si Ivy hubiera podido poner los ojos en blanco y fruncir el cejo a la vez, lo habría hecho.

—Diez años pueden cambiar a una persona, mamá.

Madeline alisó las arrugas de la sábana.

—¿No eres tú la que siempre dice que la gente no cambia?

Al ser incapaz de responder se limitó a gruñir. Era verdad, ella solía decir eso.

Su madre sonrió satisfecha.

—Vaya, no me lo puedo creer, ¿no vas a decir nada sarcástico? Saint te debe de haber impresionado mucho.

Ese comentario se acercaba demasiado a la verdad para el gusto de Ivy. Además de ser tan engreído y egoísta como le recordaba, Saint seguía siendo igual de atractivo. De hecho, ella jamás había visto a nadie igual en toda su vida. Y era casi tan sensual como hermoso. A Ivy le gustaban los hombres

guapos, los hombres que eran agradables a la vista y que sonreían con facilidad. No le gustaban los hombres misteriosos u oscuros, ni los que la miraban como si fuera un cordero y ellos un león hambriento. Los ojos negros de Saint la ponían nerviosa; era difícil saber lo que se ocultaba tras ellos, y aquellos labios tan perfectamente esculpidos parecían burlarse de ella con su sonrisa.

Seguro que saldría muy bien en las fotos, cosa que ella odiaba. De hecho, estaba a punto de odiarlo a él... ¿y por qué? Porque sólo con verlo, recordó, para su desgracia, que cuando era una jovencita se había enamorado de él perdidamente.

—Siempre me encantó su pelo —comentó su madre con voz soñolienta—. ¿Aún lo lleva largo?

—Hasta el cuello. —Se negó a decirle lo negro y espeso que se le veía, o lo bien que enmarcaban sus pómulos y su mandíbula.

Madeline suspiró.

—Entonces se lo ha cortado. Qué pena. Todas las chicas querían acostarse con él sólo para acariciar ese pelo.

Ivy supuso que debería escandalizarla el comentario de su madre, pero al fin y al cabo, había crecido en un burdel. Y por muy exquisito que fuera el Maison Rouge, pocas cosas había de las que no hubiese oído hablar en lo que a relaciones sexuales se refería.

El cuerpo de una mujer era su mejor recurso, y su corazón el tesoro máspreciado, solía decirle a Ivy su institutriz. Y que si tenía que sacrificar uno de los dos, más valía que mereciera la pena.

Diez años atrás, Saint podría haberse quedado con su corazón y su virtud a cambio sólo de una sonrisa. Pero entonces, él ni siquiera se había fijado en ella.

—¡Para él sólo somos comida! ¿Acaso no quieres justicia para Goldie?

Sólo tuvo que mirar a su madre para saber que había ido demasiado lejos.

—Ivy Abigail Dearing —dijo Madeline con esa voz que siempre hacía que su hija irguiera la espalda—. Lo único que me impide echarte una buena bronca es que entiendo por lo que estás pasando. Tienes todo el derecho del mundo a no estar de acuerdo conmigo, pero no te atrevas ni a insinuar que lo que les ha pasado a mis chicas te importa más que a mí.

Ivy asintió, consciente de que se merecía el rapapolvo.

—Sí, mamá. Te ruego que me disculpes, pero no confío en Saint del mismo modo que tú.

Menudo nombre, Saint. Parecía un chiste. Un santo no se acostaría con una chica distinta cada noche... tres veces.

—Cariño, pondría mi vida en sus manos, y tú deberías confiar en él también.

—¿Y por qué debería hacerlo si puede saberse? —No le daría ni los buenos días, así que mucho menos su vida.

—Porque si no fuera por Saint, ni tú ni yo estaríamos hoy aquí. —A Ivy se le hizo un nudo en la garganta y su madre sonrió satisfecha—. Así es. Ese vampiro en el que no confías, es el hombre que me salvó y me trajo aquí. Le debes la vida.

Esa tarde, durante el funeral de Clementine, Ivy no podía dejar de pensar en la sorprendente confesión de su madre. Aunque el hecho de que su madre hubiese guardado silencio hasta entonces sobre el papel que Saint había desempeñado en su pasado palidciera frente al dolor de su pena por la pérdida de su amiga.

¿Por qué no le habían dicho antes que Saint era el hombre que había evitado que su madre muriera de frío e inanición en las calles de Londres? Él la había encontrado sola, débil y a punto de dar a luz y la había llevado a la Maison Rouge, donde, después de nacer Ivy, trabajó hasta llegar a convertirse en su madame.

La vida de Ivy no hubiera sido ni la mitad de confortable si Saint no hubiera aparecido.

Maldición.

Ivy estaba de pie sobre la húmeda hierba, junto a Madeline, sujetando un pequeño ramo de violetas en las manos. Las cortesanas y los miembros del servicio de la Maison Rouge estaban con ellas, así como los familiares de Clementine. Formaban un círculo alrededor del agujero del suelo, el aire olía a tierra mojada y a flores, y los asistentes sudaban bajo las incómodas ropas de luto con aquel sol inesperadamente cálido sobre sus cabezas.

Una gota de sudor llegó a la mandíbula de Ivy desde el nacimiento del pelo, pero no le hizo caso y dejó que siguiera su camino, a diferencia de las lágrimas, que se empeñaba en controlar. Quería llorar la pérdida de su amiga. Quería gritarle al periodista que estaba retratando la escena unos metros más atrás. Quería insultar a las autoridades por no hacer nada.

Las prostitutas de toda la ciudad corrían peligro, y los proxenetas seguían permitiendo que trabajaran en las calles, pues no querían perder ni un céntimo de sus ganancias. ¿Acaso la policía patrullaba ahora con más esmero esas zonas frecuentadas por las mujeres de «mala» reputación? No. ¿Acaso habían mandado a alguien para que vigilara el establecimiento de su madre, en Chelsea? No.

A nadie le importaba que las prostitutas murieran. Pero

como una tonta, Ivy había creído que Saint sería distinto. Que no tendría que sentirse como una estúpida por haberlo considerado poco más que un héroe cuando era una adolescente.

Tan pronto como pensó en él, Ivy se obligó a dejar de hacerlo. No permitiría que le arrebatara el dolor que estaba sintiendo en ese momento. Quería sentirse vacía, desgraciada... Clementine no se merecía menos.

La madre de Clementine estaba frente a ella. Era una mujer hermosa, pero los años de duro trabajo se reflejaban tanto en su cara como en su figura. Iba vestida de negro y sujetaba un rosario, erguida y en silencio, mientras un reguero de lágrimas se deslizaba por sus mejillas.

Al verla, Ivy sintió el escozor del llanto en los ojos. Qué horrible para aquella pobre mujer haber perdido a una hija en tan trágicas circunstancias. Soportar las miradas curiosas de los periodistas y las morbosas preguntas de los curiosos que no respetaban su pena.

Unos cálidos dedos estrecharon los suyos. Ivy devolvió el gesto. Ella y su madre no tenían que hablar para saber lo que la otra estaba pensando. A pesar de que a veces le hiciera perder la paciencia, o que a menudo no la entendiera, Ivy quería a su madre con toda su alma, y sabía que el sentimiento era mutuo.

Cuando el sacerdote concluyó, la madre de Clementine echó un puñado de tierra encima del ataúd. Ivy, Madeline y el resto de compañeras de la Maison Rouge, un montón de flores, violetas en su mayoría. Luego, Ivy le pasó a su madre un brazo por los hombros y la acompañó hasta donde esperaban los carruajes. Había suficientes para todas. Madeline había dispuesto que nadie fuera andando al funeral, para que ninguno de aquellos buitres las molestase.

Regresaron en silencio. Una vez dentro de casa, su madre le dijo:

—Ivy, sé buena y ve a la bodega a por una botella de vino, ¿te importa?

—Estoy segura de que en el bar hay alguna, mamá.

Madeline se quitó los guantes.

—Quiero una de vino bueno.

—No me digas que quieres impresionar a Saint. —Tuvo que contenerse para no hacer una mueca.

—Por favor, cariño —le pidió Madeline.

Así que Ivy fue a por la botella. No podía negarle nada a su madre, por mucho que detestara el trato privilegiado que le estaba dando a Saint. Entendía perfectamente que se sintiera en deuda con él, pero ¿y qué pasaba con el compromiso que los vampiros tenían para con las ocupantes de la Maison Rouge? Ellas los proveían de comida y cobijo y, sí, de compañía femenina, y a cambio, los vampiros les daban seguridad económica y protección. ¿Cuándo había sido la última vez que nadie les había pedido nada? Y justo hacía unas semanas, poco antes de que empezaran los asesinatos, uno de ellos había estado allí, alimentándose prácticamente de todas las chicas de la casa. Los vampiros aparecían, tomaban lo que necesitaban y se iban. Llevaban décadas haciéndolo y así seguirían hasta el final de los tiempos.

Abrió la puerta secreta que había bajo la escalera y entró en la bodega, pero a cada paso que daba su ira iba en aumento. Casi toda iba dirigida a Saint, pero era lo suficientemente sincera como para saber que él no se la merecía, al menos no por completo. Lo que más la enfurecía era sentirse impotente. Al parecer, ella no podía hacer ni una maldita cosa para conseguir que se hiciera justicia y vengar a sus amigas.

Ni siquiera su buen amigo Justin estaba dispuesto a ayu-

darla. Le había dicho que la admiraba, pero cuando le pidió que la ayudara en su búsqueda, se limitó a decirle que no quería que se pusiera en peligro.

Como si tuviera algún derecho de exigirle eso.

Dios, si no encontraba el modo de sacar de dentro toda esa rabia que amenazaba con consumirla, acabaría estallando. De hecho, estaba tan absorta pensando en su impotencia, que no se dio cuenta de que no estaba sola, hasta que rodeó con la mano el cuello de una botella cubierta de polvo, que había en un estante en el extremo de la pared.

—¿Francés o italiano? —preguntó una voz suave.

—¡Dios santo! —El corazón de Ivy latió desbocado, y pareció que se le fuese a salir del pecho. Por suerte, aún no había tirado de la botella, pues con el susto, sin duda la habría soltado echando a perder el vino de su madre.

Se llevó la mano al pecho, todavía mareada por la impresión, y se dio media vuelta. Saint estaba de pie frente a la puerta de su apartamento, y se lo veía desaliñado, soñoliento y tremendamente seductor.

—¿Qué está haciendo aquí? —Aún era de día—. ¿No debería estar dormido?

—Yo también me alegro de verla —respondió él sonriendo, como si ella le hiciera gracia—. Al contrario de la creencia popular, nosotros, los vampiros, no tenemos que dormir hasta que se ponga el sol. Podemos despertarnos cuando nos apetezca, igual que los mortales. Es sólo que durante el día estamos más... susceptibles, y que la luz puede matarnos.

—¿Sólo eso? —No trató de disimular el sarcasmo—. ¿Así que tenía previsto pasear por aquí abajo hasta que pudiera subir?

La iluminación de la bodega no era la más indicada, pues

sólo había una bombilla, pero Ivy pudo ver cómo enarcaba una ceja al oír su tono de voz.

—Tengo hambre y no hay sangre en mi habitación.

Se negó a sentirse culpable por haberse olvidado de ese detalle. Había estado en el cementerio, enterrando a una de sus amigas, pero de todos modos, se le hizo un nudo en el estómago.

—Estuvimos en un funeral, señor Saint —le informó con frialdad—. Si espera aquí, me encargaré de que... le traigan algo. —Tendría que conformarse con algo embotellado porque, después de todo lo que habían pasado ese día, se negaba a mandarle a una de las chicas.

Se dio media vuelta para irse, pero él se le colocó delante a la velocidad de la luz.

—Tan deliciosamente agria —murmuró, esbozando una sonrisa burlona—, y a pesar de todo, toda usted rezuma dulzura. Dígame, señorita Dearing, ¿cómo es en realidad?

Ivy apretó los labios, aunque estaba más enfadada con el traidor de su corazón que con las audaces palabras de Saint. No quería que le gustara, no le gustaba, pero no podía negar la cruda sensualidad que emanaba de él. Sin embargo, sí podía negarse a reaccionar a ella. Ya no tenía diecisiete años.

—¿Está tratando de asustarme? —espetó—. Porque le aseguro que no va a funcionar.

La sonrisa de Saint se hizo más amplia, y en su boca aparecieron unos dientes blancos y puntiagudos que resaltaban contra su moreno rostro. Los colmillos no tenían su máxima largura, pero, de todos modos, ella se estremeció. Él levantó una mano y le acarició la mejilla con sus cálidos y largos dedos.

—¿Asustarla? Jamás.

Se inclinó hacia adelante y bajó la cabeza para que ella pudiera sentir el calor que emanaba de él y oler el aroma especiado de su piel.

—Lo que trato de averiguar, señorita Dearing, es si usted está en el menú.